



CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

COMO las cosas humanas no sean eternas yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantara para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sannazaro¹ habia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado; el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su Ama, su Sobrina y su Escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran

¹ Jacobo Sannazaro nació en Nápoles el año de 1433. Es uno de los mejores poetas latinos é italianos del Parnaso. Fué eminente en las églogas pastoriles, é inventor de las piscatorías. Llamóse también *Actio Sincero*.

muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote, que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo:—Bendito sea el Poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tío, y parecióle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres?—Las misericordias, respondió Don Quijote, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginiosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que diese á entender, que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sanson Carrasco, y á Maese Nicolas el Barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se escusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo:—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linage: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo:—¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con esto, y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantan-

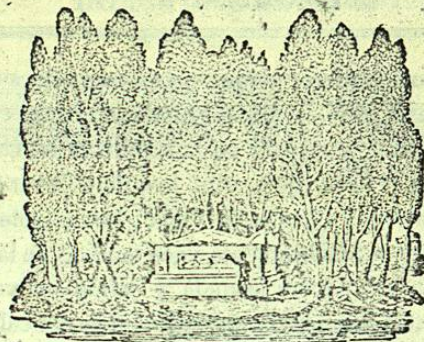
do la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.— Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda prisa, déjense burlas á parte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este, no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer, y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el Cura diciendo:—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de Ama, Sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian. Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo:—Iten es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si, como estan-



do yo loco, fuí parte para darle el Gobierno de la Ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho, le dijo:—Perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.—¡Ay! respondió Sancho, llorando, no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado, quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa diciendo que, por haber yo cinchado mal á Rocinante, le derribaron: cuanto mas, que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.—Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de éstos casos.—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo, fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas, y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi Ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Iten es mi voluntad, que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi Sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Iten suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á co-

nocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí, con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí, de haber escrito tantos y tan grandes disparates, como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste, donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo, borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin llegó el último de Don Quijote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leído en ningun libro de caballerías, que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir, que se murió. Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio, como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida y muerto naturalmente, y que el tal testimonio pedia, para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli, le resucitase falsamente, é hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí, por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero¹. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de Don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

¹ A pesar de la originalidad y gracia de esta comparacion, no carece de inesactitud, pues no se compara á Don Quijote con alguno de los héroes de las dos famosas epopeyas de Homero, sino con su autor. Diremos, con este motivo, que, respecto al de la fábula del *Quijote*, hasta ocho poblaciones de España se han disputado la gloria de haberle dado nacimiento: Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Alcázar de San Juan, Esquivias, Consuegra y Alcalá de Henares. Esta última ha triunfado de sus competidores, y se halla ya en pacífica posesion de la palma.—*Clemencin*.



Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco,
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo y vivir loco.

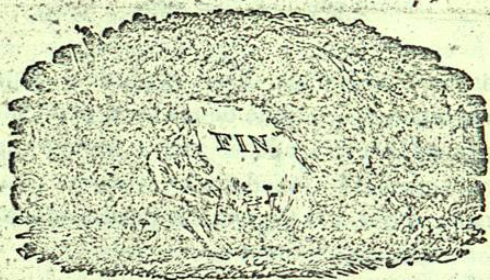
Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma:—Aquí quedarás colgada desta espétera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada, ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos¹,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las haza-

¹ Versos tomados de un romance antiguo

ñas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja¹, haciéndole salir de la fuerza, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos, como en los estraños Reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.—Vale.



¹ Avellaneda, despues de encerrar á Don Quijote en la casa de locos de Toledo, concluye de esta suerte su Segunda Parte, que tantos rasgos de semejanza ofrece con la conclusion de la Primera de Cervantes: *Estas relaciones se han podido solo recoger con no poco trabajo, de los archivos manchegos acerca de la tercera salida de Don Quijote; tan verdades ellas como las que recogió el autor de las primeras partes que andan impresas. Lo que toca al fin de esta prision y de su vida... no se sabe de cierto, pero barruntos hay y tradiciones de vejisimos manchegos, de que sanó y salió de dicha casa del Nuncio... Pero como tarde la locura se cura, dicen que volvió á su tema, y que comprando otro mejor caballo, se fué la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupezas y jamas oídas aventuras, llevando por escudero á una mozu de soldada, que halló junto á Torrelódones, vestida de hombré... cuenta que la dejó encomendada á un mesonero de Valdestitas; y que él sin escudero pasó por Salamanca, Avila y Valladolid, llamándose Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.*

Esto indicaba en Avellaneda la intencion de continuar la historia de Don Quijote. Y no contento con la continuacion de la del caballero, la ofrecia tambien de la del escudero cuando, despues de referir que Sancho y su muger Mari Gutierrez se acomodaron en la corte con el Archipámpano, decia: *los sucesos de estos buenos y cándidos casados remito á la historia que de ellos se hará andando el tiempo, pues son tales que piden de por sí un copioso libro.—Clemencin.*

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág.		Pág.
Dedicatoria al Conde de Lemos.....	III.	Cap. XVI.—De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha....	92
Prólogo.....	V.	Cap. XVII.—De donde se declaró el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.	100
Cap. I.—De lo que el Cura y el Barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.	1	Cap. XVIII.—De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas estravagantes.	109
Cap. II.—Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.	11	Cap. XIX.—Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.	117
Cap. III.—Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.	15	Cap. XX.—Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.	124
Cap. IV.—Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.	22	Cap. XXI.—Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.	132
Cap. V.—De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.	27	Cap. XXII.—Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote de la Mancha.	139
Cap. VI.—De lo que le pasó á D. Quijote con su Sobrina y con su Ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.	33	Cap. XXIII.—De las admirables cosas que el estremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.	145
Cap. VII.—De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.	38	Cap. XXIV.—Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.	154
Cap. VIII.—Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.	44	Cap. XXV.—Donde se apunta la aventura del Rebusno y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.	160
Cap. IX.—Donde se cuenta lo que en él se verá.	51	Cap. XXVI.—Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.	168
Cap. X.—Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.	55	Cap. XXVII.—Donde se cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del Rebusno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.	176
Cap. XI.—De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las cortés de la muerte.	63	Cap. XXVIII.—De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.	182
Cap. XII.—De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.	69	Cap. XXIX.—De la famosa aventura del Barco encantado.	187
Cap. XIII.—Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.	75		
Cap. XIV.—Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.	80		
Cap. XV.—Donde se cuenta y da noticia de quien era el Caballero de los Espejos y su Escudero.	90		